



Noguera, Valeria. "Niñez, anormalidad, animalidad en el territorio del pueblo. *El pintadados* (1984) de Carlos Catania".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2025, vol. 14, n° 34, pp. 66-75.

Niñez, anormalidad, animalidad en el territorio del pueblo. *El pintadados* (1984) de Carlos Catania

Childhood, abnormality, animality in the territory of the village
El pintadados (1984) by Carlos Catania

Valeria Noguera¹

ORCID: 0000-0003-4047-5599

Recibido: 22/04/2024 || Aprobado: 04/06/2024 || Publicado: 28/07/2025
ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/el3ck0yak>

Resumen

Cierta literatura actual retoma temáticas de textos decimonónicos argentinos que parecen haber sido olvidados. Es el caso de los territorios imaginados por esos discursos que relacionaron corporalidades a espacios determinados, basándose en la idea de civilización y barbarie. En esta línea se ubica *El pintadados* (1984) de Carlos Catania cuyas acciones narrativas ocurren en el territorio del pueblo San Carlos, en el interior de la ciudad de Santa Fe. En esta zona literaria se manifiestan diversas corporalidades que están cercadas por mecanismos biopolíticos del Estado moderno pero también aquellas que lo desbordan, quedando desplazadas al lugar de lo no humano. El pueblo es el espacio en el cual el protagonista se encuentra con su pasado -y presente- animal; pero también es donde se siente parte de una comunidad inexistente en su ciudad donde vive. Este artículo trabajará sobre las formas en las que se manifiesta la animalidad del protagonista ante el viaje hacia el pueblo, pero también hará hincapié en corporalidades que habitan este territorio, a través de categorías que se sitúan por fuera de lo humano, como la de niñez y anormalidad.

Palabras clave

Territorio; pueblo; niñez; animalidad; anormalidad.

Abstract

The current literature takes up themes of nineteenth-century Argentine literature that seem to have been forgotten. This is the case of the territories imagined by these discourses that related corporalities to certain spaces, based on the idea of civilization and barbarism. In this line is located *El pintadados* by Carlos Catania that places the narrative actions in the territory of the village San Carlos, inside the city of Santa Fe. In this literary zone there are various corporalities that are surrounded by the biopolitical mechanisms of the modern state but also those that exceed being in the place of the non-human. The village is the space in which the protagonist meets his animal past -and present-; but it is also the place where he feels part of a community that does not exist in the city in which he lives. This article will work on the ways in which the animality of the protagonist is manifested before the journey to the people, but it will also emphasize corporalities that inhabit this territory, through categories that are placed outside of the human, as that of childhood and abnormality.

Keywords

Territory; village; childhood; animality; abnormality.

¹ Licenciada en Letras y Profesora de Lengua y Literatura de la Universidad Nacional del Nordeste. Maestranda en la Maestría en Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Rosario. Becaria de Iniciación a la Investigación de la Universidad Nacional del Nordeste por la Secretaría de Ciencia y Técnica. : valerianogueralic@gmail.com



Introducción

Carlos Catania (Santa Fe, 1931) es un escritor de novelas, obras de teatro y cuentos, ensayista y director de cine. Personalidad destacada y excéntrica de la escena cultural santafesina. No obstante, una serie de factores llevaron a que su obra completa fuera ignorada por la escena literaria de los años en los que escribió. Entre algunos hechos, podría mencionarse que, hacia fines de los sesenta, se exilia en Costa Rica y vive allí durante veinte años; en ese período publica, a través de Seix Barral, *Las varonesas* (1978), novela que, si bien fue bien recibida en España, en Argentina fue censurada por la dictadura cívico-militar. A pesar de la prohibición, *Las varonesas* obtuvo aún más reconocimiento y reseñas por parte de algunos lectores que *El pintadados*, novela publicada en 1984 a través de la editorial Legasa. Ambas obras fueron rescatadas y puestas nuevamente en circulación: en 2015, editorial *Las cuarenta*, publica su primera y más reconocida obra; mientras que, en 2022, a través editorial rosarina Serapis, en colaboración con la Universidad Nacional del Litoral, se publica la segunda. La historia de Carlos, “el pintadados”, un perito dactiloscópico y su regreso al pueblo donde se crió, se desarrolla en el medio de procedimientos literarios como la polifonía que hacen de esta novela un entramado denso y complejo, llevando a una participación activa del lector y exigiendo la labor de enlazar los distintos puntos de vistas y relatos fragmentarios en la búsqueda de un recorrido narrativo. El movimiento de lo micro, el espacio del pueblo, hacia lo universal, el problema de lo absoluto, nos enlaza con escrituras propias de grandes escritores del siglo XX. Al mismo tiempo, en un ejercicio anacrónico, la obra establece diálogo con miradas y discusiones de la literatura actual.

El pintadados es una obra literaria que se inscribe en la tradición de la novela modernista del siglo XX, donde el protagonista deja de ser espectacular y extravagante para convertirse en el hombre común, “gris, sin atributos” (Arce, 398). Sin embargo, en este artículo veremos la forma en la que Catania retira a este personaje de la ciudad, espacio privilegiado de la tradición que hemos mencionado, y lo sitúa en el espacio del pueblo San Carlos. Allí se enfrenta a su pasado animal, en el recuerdo de una niñez atravesada por la sexualidad a partir de una relación grupal con una prostituta. El regreso al pueblo opera como un movimiento espacio-temporal que genera mutaciones en el personaje principal relacionadas con la etapa previa a la constitución como hombre determinado por los límites de la ciudad que habita. Al mismo tiempo, el recorrido por este territorio colonial da lugar a la representación de espacios, corporalidades y comportamientos que exceden las formas homogéneas y establecidas del orden moderno. Veremos de qué manera el escritor pone –en el siglo pasado– en el centro de la escena la vinculación entre territorio y corporalidades que hoy se hacen presentes en las discusiones alrededor de los nuevos regionalismos de las literaturas argentinas.

La zona no regionalista de Catania

La literatura argentina del siglo XIX diseña y delimita el territorio nacional de forma simbólica y metafórica (Bocco, 2013), poniendo en relación dialéctica la ciudad y el campo. La primera como representación del progreso, el segundo como un *no lugar* donde habitar, lugar para los desechos del Estado moderno.

Estos espacios fijos, con personajes y paisajes estructurados de manera repetitiva y homogénea adquieren nuevas significaciones a partir de las escrituras de este siglo. Los escritores de provincia se alejan de las grandes ciudades, principalmente de Buenos Aires, y comienzan a escribir desde sus lugares de pertenencia o de espacios que ponen en cuestionamiento los estereotipos regionalistas.

Resultaría un tanto anacrónico afirmar que Catania es un escritor perteneciente a la generación de aquellos que proyectan nuevos regionalismos. Sin embargo, lejos de

atrincherarse en un modo de representación del espacio con tintes localistas, ubica la narración en un pueblo de pasado colonial en donde es posible la construcción de una realidad en la que los personajes y el territorio que habitan se encuentran en constante tensión.

Teresa Gramuglio, en su análisis de la *zona saeriana*, postula que el título del libro del escritor no remite “una adscripción regionalista” (Gramuglio, 336). De la misma manera en que Saer traza la zona imaginaria de Santa Fe, podemos pensar entonces a la construcción que realiza Catania –desde su lugar de escritor santafesino– de San Carlos como un proyecto literario que aspira a salirse del epicentro cultural que es Buenos Aires y a posicionarse en una zona que se ubica entre las dos grandes ciudades de Santa Fe: su capital y Rosario.

Salirse del centro es desplazarse de una cultura oficial, de una literatura canónica, también de representaciones dicotómicas, y pensar en el espacio en términos de esta oposición –proveniente de la literatura decimonónica constitutiva– entre la ciudad y el campo. En *El pintadados* aparecen estas representaciones espaciales, pero también se da lugar al pueblo y su pasado de colonia generándose así una zona compleja y heterogénea como espacio de acogimiento de corporalidades que se construyen por dentro y fuera de lo normativo. Los personajes en *El pintadados* escapan a representaciones estereotipadas como parte de paisajes determinados por el regionalismo literario de tono nacionalista. El lugar periférico de la narración se vuelve propicio para el desarrollo de historias atravesadas por la sexualidad, la muerte, la violencia, la marginalidad: el suicidio de los colonos suizos, la desaparición de los integrantes de la familia de la Gúdula, el desmembramiento del cacique abipón, la muerte de la Moira, el asesinato de los “mongolitos”, el abuso de Adelita, entre otros hechos aberrantes.

Catania no es un escritor de este siglo; *El pintadados*, tampoco. Sin embargo, observaremos cómo posiciona su relato en un territorio periférico de las grandes ciudades donde construye un pueblo y su pasado colonial. De la misma manera, se hará presente la forma en que su escritura combina el territorio y las corporalidades ubicándolo como un antecedente necesario, aunque olvidado por la crítica, de los nuevos regionalismos literarios.

El reino olvidado

“El regreso” es el primer capítulo de esta novela. Después de treinta años –el 3 de mayo de 1980– Carlos (homónimo del escritor) vuelve al pueblo por orden del “Jefe”. A partir de esta escena, se desarrollan en el personaje una serie de mutaciones, internas y externas, que están vinculadas a la vuelta al territorio de su infancia y lo que esto simboliza en él: “Este llegaba ahora como un atropello a mi equilibrio” (Catania, *El pintadados* 13).

Una imaginación territorial rodea a la idea de pueblo, concepto que designa, en simultáneo, a un grupo de personas y a la idea de una ciudad pequeña. El pueblo es un espacio que se encuentra en el “entre”. No es una ciudad, sino más bien lo que puede anteceder a esta (o, en ocasiones, quedarse en la misma categoría), sin embargo, tampoco es el campo, aunque también permanece próximo a este. Características de lo rural y lo urbano pueden constituir la representación literaria de este territorio.

El pueblo que se dibuja en el primer capítulo de *El pintadados* se construye a través de la representación literaria de San Carlos, perteneciente al territorio denominado Pampa Gringa santafesina, entre Santa Fe y Rosario. San Carlos fue fundada en los primeros años del siglo XIX por inmigrantes suizos, a los que luego se sumaron franceses e italianos. Periférica y fronteriza, conformada por la combinación de inmigrantes europeos y criollos, se va construyendo en el relato a partir del recorrido que hace la mirada de Carlos mientras está arriba del auto: una calle principal, el tanque australiano, una casa con una fachada sobresaliente pero gris, el tapial y las ramas de damasco que rodeaban su casa, las paredes que lo “habían cobijado” los primeros quince años de vida. Las imágenes que se construyen por la mirada del protagonista muestran la heterogeneidad en la construcción de la colonia: las estructuras

imponentes, pertenecientes a las primeras familias, y la simpleza de las casas de los demás habitantes. Sin embargo, la atmósfera oscura del pueblo se hace presente a medida que avanza la narración: el cementerio, la mansión de la Gúdula, las ruinas de la Jabonería, la choza de la Moira, entre otros. A cada uno de estos espacios, le corresponde una historia.

El pasado colonial aparece a través de dos familias marcadas por la tragedia; ambos relatos emplazados al espacio del pueblo y a la memoria de Carlos. En primera instancia, las ruinas de la jabonería de Godofredo Sigel, de fines del siglo XIX. Una fábrica creada por el colono suizo en homenaje a su esposa Josefina Klein. En medio de la visita de un príncipe a la mansión, Josefina se suicida cortándose las venas y, como consecuencia de su muerte, Godofredo prende fuego la jabonería con él adentro. Por otro lado, la mansión de la Gúdula, inalcanzable para su grupo, aparece en el relato “Fabricio y la maldición de Cira”. Fabricio Gonewald, el abuelo de la Gúdula, fue un colono que firmó un tratado con los abipones hacia fines del siglo XIX. Tratado que se eliminará para dar paso a una guerra que acabaría con el exterminio de los abipones y el dominio de los Gonewald en la colonia. Antes de morir, Avenor Cira, el cacique de los abipones lanzó una maldición hacia el colono y su descendencia que se hizo presente a través de la muerte de todos los habitantes de la mansión, salvándose la Gúdula que se encontraba de viaje.

En la representación del pasado del pueblo, Catania inserta la muerte como elemento fundante. En simultáneo, estas historias constitutivas de la memoria colectiva se vinculan con el presente del protagonista. Por un lado, las ruinas de la fábrica le recuerdan a Carlos la muerte de la Moira: “Pensando que más allá, detrás de aquellos sauces, estaba la laguna de aguas apestosas desde donde, cuarenta años antes, habíamos arrastrado los pedazos (...)” (Catania, *El pintadados* 21). Por el otro, su nacimiento se vincula con la fecha del cumplimiento de la primera maldición del cacique abipón y su regreso al pueblo estaría cerca de la segunda. Las muertes en circunstancias extremas e inciertas de los colonos del pueblo serán el inicio de la serie de tragedias que transcurren en el desarrollo de la narración.

En cuanto al presente del relato, la representación del pueblo también aparece vinculada al imaginario rural, con aquel espacio que históricamente ha sido asociado a la hostilidad y la barbarie, pero que se reescribe como un lugar donde encuentran validación y hallan representación otras corporalidades. El imaginario decimonónico del campo, con personajes pertenecientes al siglo XIX, se hace a un lado y deja lugar a sujetos modernos: aquellos que se encuentran delimitados por los mecanismos biopolíticos y aquellos que los exceden. Por el contrario, en Santa Fe está la ciudad, el trabajo, la familia, lo convencional; lo urbano es un valor *per se* que se asimila directamente a civilización (Bocco, 99). El pueblo es el lugar propicio donde es posible salirse del horizonte del ordenamiento de cuerpos que implica el territorio de la ciudad-biopolítica (Giorgi, 2015). Es, asimismo, el territorio que lo traslada a una escena de extrema violencia que, a su vez, recuerda a un secreto compartido entre sus pares, aquel que había creído haber mantenido oculto durante años: “Saben lo que está pasando con Moira, todo lo que yo creía oculto. Por el momento aquí, en el pueblo, está toda mi vida” (Catania, *El pintadados* 35).

Por otra parte, en la memoria reciente del protagonista, el pueblo se construye como un territorio donde tiene lugar la hostilidad, la animalidad, los impulsos sexuales y, sin embargo, allí, Carlos encuentra su lugar de pertenencia a una comunidad² con la cual, inmanentemente,

² La idea de comunidad que aquí se plantea surge de planteos filosóficos de los años '80 y '90 que aparecen a partir de la experiencia europea del exterminio por parte de los nazis, realizada en nombre de la comunidad pensada como el ser común a una sangre, una filiación, una sustancia. Para Jean-Luc Nancy (1999) la comunidad se forma a partir del estar-en común con otros. Una idea de comunidad planteada desde el estar, que si bien hace hincapié en la existencia no desplaza la esencia que, al mismo tiempo, se pluraliza a partir de la existencia: estamos en común y somos en común. Este *en* no implica una exterioridad del ser que está en otro, ni en lugar de otro, pero

se identifica. Esta zona delimita la personalidad previa del protagonista. El viaje hacia esta espacialidad implica asumir una personalidad pasada en estado de latencia, la constitución previa a su desarrollo como sujeto normativo necesario para el funcionamiento del aparato urbano:

Al trasponer el confín del reino olvidado, ofrecía mi cuerpo a la revancha. Suponía conocerme desde el Principio; creí haber seguido mis pasos, reservada y celosamente, a través de la Historia Oculta de Todos los Tiempos (Catania, *El pintadados* 15).

Por el contrario, la experiencia posterior a la vida en San Carlos, sus años en Santa Fe lo aburren, lo aplanan, lo apagan, lo vuelven un hombre gris. A pesar de los hechos trágicos, en el discurso de Carlos, el pueblo es un lugar de pertenencia, de afectos, de cobijo, de relaciones en donde la trasgresión a las leyes implícitas supera el deber ser. Las calles de tierra, las zanjas permanecen como espacios propicios para entablar acciones conjuntas que parecerían ser mejores que la vida solitaria que implica el oficio de pintadados. Vida que peligra frente a la idea de volver a vivir en comunidad con los Inseparables:

(...) habría dado parte de mi vida por hablar tonterías sin fingir, por caminar tomados de los hombros por las calles de tierra, llevando el paso, saltando las zanjas, orinando juntos bajo la noche. No me asustó ver palidecer mis proyectos de pintadados ante esta andanada de nostalgia en bruto (Catania, *El pintadados* 78).

Unirse a ese pasado con los Inseparables es la única manera de dislocar el orden de lo social, de poner en crisis las ecuaciones entre “ley/excepción, norma/anomía, bios/zoé, en las que se funda el orden soberano moderno y sus jerarquías” (Rodríguez y Giorgi, 33). Es a través de ellos que puede ignorar estos ordenamientos modernos y excederlos, encontrando un lugar en una comunidad en donde no operan las jerarquías y donde el resultado es el encuentro con aquella pulsión animal reprimida por los límites biopolíticos de la ciudad.

El viaje que inaugura la novela pone al protagonista en una contradicción constitutiva que parte de ubicarse en el intersticio que implica su presente en la ciudad, como lugar de lo contenido dentro de límites impuestos, y el pasado del pueblo, como lugar de la indeterminación y los excesos: “Aún pienso en el mundo como un barómetro oscilante entre la inmundicia y la fe” (Catania, *El pintadados* 170). Esta oscilación continúa hasta el final de la novela, donde luego de escapar del bombardeo en el pueblo, Caros observa a su hija y advierte:

Lo insignificante y desprotegida que me pareció allí, reconstituyó mi mente después de algunas horas de vida animal. Fue mi último balanceo de la rama. Desde que había comenzado el bombardeo hasta ese momento, recuerdo oleadas de oscuros deseos antagónicos. El miedo, confundido con la alegría, me había conducido a extremos desconocidos, durante los cuales creí tener en mis manos poderes incontenibles de esperanza y destrucción. Ahora volvía a ser *el pintadados* (Catania, *El pintadados* 395).

tampoco significa estar al lado o yuxtapuesto, sino más bien sigue una lógica de lo que no pertenece ni adentro ni afuera, un espacio liminal: lo que está entre dos y muchos y que pertenece a todos y a nadie, sin tampoco pertenecerse (Nancy, 104).

Por otra parte, Giorgio Agamben (1996) piensa en la esencia de una comunidad que viene como la de los “cuales sean”: “el ser que viene es el cual sea” (9). El “cual sea”, sin embargo, no implica la pérdida de la singularidad; es más bien el sostenimiento de esta, pero despojada de los universales, es decir, de las representaciones imaginarias de las propiedades de clase o esencia (color, nacionalidad, religión), propiciando de esta manera nuevas y auténticas formas de existir. Es a través de las singularidades que se hace posible el vínculo con el otro en búsqueda de una comunidad que, para Agamben, está en la salida del control y la organización social de Estado.

Ser “el pintadados” lo ubica en un tiempo presente y en el lugar de lo aparentemente estable, es el volver al eje del cual escapa en la espacialidad de San Carlos. La profesión, la familia y el vivir en la ciudad, lo sitúan en el lugar de lo instituido. Estas contingencias funcionan como marcadores de lo humano como algo estable e inalterable.

San Carlos, entonces, opera en la novela como un territorio entendido en términos heterogéneos, donde es posible la conexión con aquél pasado comunitario que el protagonista pierde en la contemporaneidad de la ciudad como espacio de las “soledades de aquí y de allá”. Una zona que también da lugar a aquellos “sentimientos prolijamente silenciados”, un territorio de indeterminación, donde el funcionamiento comunitario se da a partir de la trasgresión las leyes que dividen lo humano de lo animal, pero donde se hacen posibles nuevas formas de circulación de los afectos (De Leone, 2018).

Los Inseparables: niñez y animalidad

El discurso filosófico humanista mide y categoriza todas las cosas a partir del ser humano. Cristiano o no, el humanismo busca abarcarlo y hacer legible todo, “incluso aquello que intenta trazarle límites, y hasta recusarlo en su conjunto” (Robbe-Grillet, 78). Al mismo tiempo, en su afán de ordenamiento moderno, se encarga de separar aquello humano de lo que no lo es, estableciendo distinciones y jerarquías entre sujetos. Por lo tanto, todo lo que no puede encasillarse dentro de lo humano se mueve entre las categorías de la no-persona y lo animal. En el ensayo “La especie humana” (1952), Georges Bataille propone

Oponen dicha especie a todos los demás animales, pero subsiste una oscuridad en razón de la dignidad propia del hombre. (...) Sucede que el hombre se hace de sí mismo, en tanto hombre, una idea tan alta, que suprime de la humanidad a los que desprecia, y desprecia a todos aquellos *que no se les parecen* y con los cuales no pueden entenderse (Bataille, *La animalidad* 55).

Sin tener claridad de qué es lo que caracteriza al ser humano, el humanismo rechaza todo aquello que se le opone al hombre blanco, europeo, heterosexual, aquellas vidas que no entienden su lenguaje ni las formas en las que concibe la humanidad, que no se les parecen, que no son productivas o que no se pueden configurar dentro de los marcos su inteligibilidad. En ese mundo descartado, el de lo animalizado, entran no solo los animales, sino también las mujeres, los locos, los anormales, los niños, los enfermos, “todas las figuras que hacen a una gradación y una temporalización de la persona: aun-no-persona, ya-no-persona” (Giorgi, 24). Sin embargo, la omnipotencia de esta subjetividad moderna comienza a ser cuestionada a partir del siglo XX. El hombre se corre de su centro y adquieren voz las alteridades. Se empieza a pensar en la otredad más allá de los marcos impuestos por el hombre. En este contexto aparecen corrientes filosóficas como el anti-humanismo, el pos-humanismo, el transhumanismo, la filosofía de la animalidad, los nuevos materialismos, entre otras que se preguntan por las alteridades y piensan aquello que trasciende lo humano. En *El pintadados*, la alteridad, aquello no-humano, se hace presente en forma de dos grupos: los niños, reunidos en la comunidad de los Inseparables, y, los mongolitos, dúo constituido por Delfita y Palomino.

La infancia de los Inseparables en el pueblo, aparece a través las distintas declaraciones de los participantes del grupo. En esos discursos, el recuerdo tiene un punto en común, un momento de quiebre o de unión, signado por el rito de iniciación sexual orgiástica con la Moira, un personaje que, ante la mirada de los niños, aparece con características que van más allá de lo humano: “divina criatura” que “la hizo un mago y después la abandonó”, “visión que no sabíamos de dónde venía” recuerda el Chilín (Catania, *El pintadados* 107). El lugar en el que

se ubica el personaje de la prostituta es un espacio marginalizado del pueblo. Carlos recuerda la pieza en la que recibe a sus clientes, “la casita del basural” (110).

Lo que hace llamarse los “Inseparables” es la unión sexual, el “juramento de honor de nuestras vidas” (111) y la designación de una madrina de rasgos divinos que en su filosofía predomina la exaltación y preferencia de la animalidad de la niñez por sobre el “hombre adulto”:

Cabíamos todos en ella, como un solo hombre: atrás, adelante, en la boca, en su mano, qué lindo: sincronización de coro de risas y lamentos, porque lo primero es gozar de verdad y libremente, repetía ella, cosa difícil y muy corta en el tiempo, los únicos que merecen gozar son ustedes (los únicos privilegiados, decía el General) los niños, nadie más, aprovechen porque después se hacen hombres y llega el amor envenenado: otra cosa es el cuerpo del hombre adulto oliendo a muerte, no se dejen engañar (la oigo) ustedes son lo mejor, animalitos inteligentes y eternos, prefiero ser montada por un animal antes que por un hombre maduro (Catania, *El pintadados* 118).

La animalidad reside en estos niños, no solo por su exclusión de una sociedad adulta –“como la mayoría, nos acusaba de ser niños” (Catania, *El pintadados* 79)– sino por el cumplimiento del deseo sexual. Estos impulsos primarios de la infancia, son los que deben abandonarse para plegarse a las convenciones de los adultos por el bien de la comunidad. En *La literatura y el mal*, Bataille (1981) destaca que el deseo, por sí mismo, altera la claridad de la conciencia, por lo tanto, satisfacerlo suprimiría una conciencia clara que es posible a partir de la inhibición que se constituye como objeto de la humanidad. En la animalidad, por el contrario, el desorden de los sentidos aparece con la satisfacción sexual. A través del desorden sexual, las figuras coherentes que establecemos como seres definidos se descomponen, se rompen los límites del ser, se resbalan “hacia un infinito que es la muerte” (96). Al poseerla sexualmente los niños devienen en “un solo hombre” que no termina de ser tal, y al mismo tiempo, pierden la individualidad, alivianan la subjetividad del niño y convergen con la divinidad (Arce, 402).

Con los Inseparables y la Moira se concibe la posibilidad de una comunidad sexo-afectiva en la que la pertenencia excede a una categoría con límites definibles. Una comunidad basada en “el amor múltiple” (Catania, *El pintadados* 120), en la que pueden estar en común lo no-humano, lo humano, lo animal, lo divino, lo terrenal. Allí también se concibe la muerte como posibilidad ante la ejecución de los deseos sexuales: la Moira muere luego de intentar entablar un vínculo sexual con un animal. Paradójicamente, en esta escena los jóvenes se identifican con el toro: “estábamos escondidos debajo de la piel negra de ese todo, qué sé yo, el toro mismo (pienso) (...) un resumen de los cuatro poseyendo nuestra fuerza conjunta, todo lo que de animales teníamos” (Catania, *El pintadados* 274) y, en esa misma secuencia, las subjetividades que en algún momento confluyeron en una sola, se descomponen, desintegrándose como el cuerpo de la mujer embestida: “más de diez embestidas y a cada una se está muriendo un trozo de nuestro cuerpo cae al suelo se pudre y ella no se defiende” (Catania, *El pintadados* 276).

La Delfita y el Palomino: animalidad y anormalidad

Los “mongolitos” resuenan en las distintas declaraciones y recuerdos de los integrantes de la comunidad de los Inseparables. Palomino y Delfita aparecen en todo el relato como figuras que, insertas en el pueblo, permanecen al margen de los sucesos. El lugar de este dúo es el de los espacios abiertos: deambulan por las calles del pueblo y nadan libremente por las aguas del tanque: “¿hay un río por aquí?” pregunta la Delfita antes del encierro por parte del doctor Boderbloom. Estos espacios son lugares que no poseen límites definidos, en donde estos sujetos eligen desenvolverse. Sin embargo, al mismo tiempo, se encuentran emplazados a un pueblo que los pone constantemente en observación.

No hay dudas de que, en una filosofía humanista, el loco, el anormal queda por fuera de la homogeneidad de la sociedad. El anormal es aquel que escapa a las formas de normalización del Estado moderno. El otro, es el enfermo a quien debe curarse para reinsertarlo o eliminarlo para no comprometer los lugares establecidos en una comunidad. La pericia psiquiátrica es un discurso que hace este doble movimiento de control sobre la anormalidad: judicial y médico (Foucault, 2007). Vocero de una filosofía humanista, el doctor Boderblom reproduce esa mirada sobre estas formas de vidas.

Mi función de fiscal técnico ha sido, hasta donde me han facultado las circunstancias, conducida con un sentido altamente humanista, sin haber pasado en ningún caso por encima de la Justicia. (...) Un hombre al que su neurosis impulsa desbaratar lo que se ha establecido para mejor convivencia de los seres humanos, puede compararse a una pieza defectuosa en una máquina delicadamente ajustada y precisa. Corregir la pieza es ayudar a la mejor eficiencia de la máquina. Pero en el caso de que la pieza no tenga arreglo, debe ser reemplazada inmediatamente por otra, ya que en todos los casos resulta más beneficiosa la supresión de la parte que la inseguridad del todo (Catania, *El pintadados* 242).

Ya hemos mencionado que, en palabras de Bataille, el hombre hace animal a toda forma de vida que no se le parece y con la cual no puede entenderse. Palomino y la Delfita no son útiles para un sistema productivo, generador de una sociedad homogénea, “todo elemento inútil resulta excluido” no de la comunidad en general, pero sí de la homogeneidad de esta (Bataille, *La conjuración sagrada* 139). En el habla no existe la lógica temporal lineal, por lo tanto, en la mirada de la comunidad, la relación con lo animal se da de manera directa: “Así son, como animalitos. No aguantan un techo encima. Andan por ahí, sin molestar a nadie” (Catania, *El pintadados* 239).

Estos personajes, comparten la forma física con los demás, signo exterior del hecho de ser hombre: “Despojados de sus harapos, sus cuerpos son hermosos” (Catania, *El pintadados* 35), “el Palomino se desnudó. Buen físico.” (180). Sin embargo, la animalidad de “los mongolitos” es distinta a la de los Inseparables. Mientras los segundos son potenciales humanos de los cuales se espera que, en la adultez, se conviertan en sujetos productivos; los primeros están por fuera de esa posibilidad y representan alteridades no-humanas. Sus procesos corporales signados por el exceso no se corresponden a los comportamientos esperables de una sociedad normativa: los movimientos espasmódicos incontrolables, la forma desenfadada de alimentarse, el aseo, el lenguaje, la satisfacción inmediata de lo sexual: “jugaron bajo el agua como media hora. Después, así desnudos como estaban, subieron a una camilla y lo hicieron tranquilamente delante de los doctores (...) Ni pizca de vergüenza” (Catania, *El pintadados* 180). Las corporalidades animales ignoran la vergüenza, la prohibición, la trasgresión del comportamiento frente a otro que, en este caso, aparecen como dispositivos de vigilancia.

Por otra parte, sus discursos se corren de temporalidades lineales. Como si estuvieran ubicados fuera de un aquí y ahora, estos seres pueden mencionar hechos del pasado, lanzar premoniciones y hasta adivinar el pensamiento. Esto último excede lo definible en términos científicos y genera el desconcierto y furia del doctor que vigila sus comportamientos, de tal manera que, en su incompreensión, esboza una explicación: “el doctor se mandó una teoría difícil donde mezclaba los poderes de la mente que tenían los mongolitos, con el apetito carnal pecaminoso” (Catania, *El pintadados* 182). Las premoniciones y la lectura de mentes constituyen atributos que exceden los límites de lo humano, de tal manera que, en la imposibilidad de clasificar, son puestos por la comunidad en el orden de lo divino o lo demoníaco: son “seres que han saltado del reino de la locura al de los dioses” (Catania, *El pintadados* 35); “Algunos viejos afirman que son santos. El cura dice en broma que tienen el

diablo adentro” (239) como expone René en su declaración. Mientras que en el informe psicológico afirma: “La paciente Delfita Chávez me preocupa más que el otro paciente. Hay en sus ojos una chispa diabólica que la ciencia es incapaz de combatir” (247).

Hacia el final del texto, se efectúa la supresión de estas formas de vida no adaptables a la sociedad normativa. Siguiendo el consejo del doctor humanista, los “mongolitos”, “las piezas defectuosas” de la gran máquina que es la humanidad, sin explicación alguna, son apresados y posteriormente aniquilados por las fuerzas represoras, representantes de un Estado despótico, a fin de no comprometer la organización de la sociedad homogénea que representa.

Mostrar la otredad da cuenta del anti-humanismo que presenta *El pintadodos*. Si bien en la obra el discurso está en boca del humano, el uso del recuerdo y las declaraciones, permiten la aparición de aquello otro que se corre de los límites definidos. El texto da cuenta y pone en cuestionamiento una filosofía que ubica al hombre como centro de un universo que se define a partir y a través de él mismo. Y que en ese abarcar y marcar límites elimina lo que se le opone a su verdad. Si bien el animal no aparece como tal, la animalidad reside en que el texto ilumina nuevas formas de vida: la de las niñeces sexualizadas y la de los anormales. Y con ellas pone en escena las distintas formas de la alteridad, corriéndose de definiciones, categorizaciones, jerarquizaciones que escapan de los mecanismos modernizadores.

Reflexiones finales

La literatura de Carlos Catania, con reminiscencias a la escritura con pretensión de universalidad característica de los grandes relatos del siglo pasado, entra en contacto con discusiones de las escrituras contemporáneas, una literatura que se ubica en el “entre”. Así, su obra puede (y debe) reclamar su lugar en la crítica literaria como antecedente destacado de algunas discusiones actuales. Por un lado, en la genealogía de los escritores contemporáneos que, desde las provincias, eligen desplazar sus relatos de las grandes ciudades y emplazarlos en sus periferias, generando nuevas representaciones por fuera del pintoresquismo, del color local, de las costumbres y personajes estereotipados de cada región. Por el otro, en las escrituras que ponen en el centro corporalidades que exceden la idea de lo humano como aquello con límites fijos y definibles. Un precursor de literaturas que reúnen las formas de vida excluidas por los mecanismos represores de un Estado moderno y las vuelven protagonistas en sus narraciones. La originalidad de la obra de Catania, marginal con respecto a otras que están en el centro de la escena de los ‘80, reside en la construcción de una zona a partir de un referente real, la colonia de San Carlos, que en el imaginario de la novela se vuelve un espacio donde se hacen posibles formas de vidas y experiencias que van por fuera de las representaciones canónicas de la literatura argentina.

Podemos concluir que es necesario iluminar aquellas obras olvidadas por la crítica y la escena literaria de su tiempo, censuradas por las represiones estatales, ignoradas por las políticas editoriales y, por lo tanto, no recibidas por el público lector. Poner en circulación textos como *El pintadodos* replantea y reorganiza los límites de la literatura argentina, e invita a pensar nuevamente la tradición a partir de estas obras intersticiales que quiebran y se apartan de los formatos dominantes de su época, ubicándose en un lugar de trascendencia.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *La comunidad que viene*. Valencia, Pretextos, 1996.
- Arce, Rafael. “Sobre lo no humano. La obra de Carlos Catania”. Posfacio a: Catania, Carlos. *El pintadodos*. Serapis, Rosario, 2022.

- Bataille, Georges. *La animalidad*. Rosario/Santiago de Chile, Nube Negra Ediciones/Bulk Editores, 2022.
- Bataille, Georges. *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Buenos Aires, Adrina Hidalgo editora, 2003.
- Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. Madrid, Taurus, 1981.
- Bocco, Andrea. “Postas heterodoxas en la literatura de fronteras”. *Mapas de la heterodoxia en la literatura argentina*, comp. por Cecilia Corona Martínez. Córdoba, Babel Editorial, 2013.
- Catania, Carlos. *El pintaditos*. Rosario, Ediciones UNL/Serapis, 2022.
- De Leone, Lucía. “Imaginaciones territoriales, cuerpo y género. Dos escenas en la literatura argentina actual”. *Estud. Filol.*, n. 62, diciembre de 2018, pp. 31-44.
- Foucault, Michel. *Los anormales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014.
- Gramuglio, María Teresa. “El lugar de Juan José Saer”. *Ficciones argentinas. Antología de lecturas críticas*, comp. por Grupo de investigación de literatura argentina de la UBA, Buenos Aires, Norma, 2004, pp. 329-366.
- Nancy, Jean-Luc. *La comunidad inoperante*. Chile, Escuela de Filosofía Universidad ARCIS, 1999.
- Robbe-Grillet, Alain. “Sobre algunas nociones perimidas”, “Naturaleza, humanismo, tragedia”. *Por una novela nueva*. Buenos Aires, Cactus, 2010.
- Rodríguez, Fermín y Giorgi, Gabriel. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Comp. Por Fermín Rodríguez y Gabriel Giorgi. Buenos Aires, Paidós, 2007.